AMÉRICA EN LA CONCEPCIÓN CRÍTICA DEL «MITO» HERNANDIANO

Por
AITOR L. LARRABIDE
(Fundación Cultural Miguel Hernández)

La muerte de Miguel Hernández en la madrugada del sábado 28 de marzo de 1942, a la edad de 31 años, no supuso, como algunos pretendieron, silenciar su obra y, especialmente, el símbolo que ejemplificaba la persona que lo encarnó. Sus escasas pertenencias dejadas en la cárcel contrastan con la enorme resonancia y eco de su obra. Tiempos difíciles y tristes los de la inmediata posguerra española, con hambre, epidemias y carencias de todo tipo, no sólo materiales sino especialmente espirituales y anímicas, sin esperanza y con un ambiente en el que el terror a la delación y a la represión lo invadía todo.

En España, concretamente en Orihuela, el mismo día en que moría el universal y ya centenario poeta, salía a la calle el número de Semana Santa de la revista oficial, dirigida por Gabriel Sijé, hermano del destinatario de la famosa «Elegía» hernandiana. En la misma, un poema de Antonio Fantucci, profesor italiano en la Universidad de Murcia, reflejaba la soledad de Miguel Hernández unos días antes de su muerte. E iba dedicado «A Miguel, que se muere solo». En abril de ese mismo año, un grupo de amigos del poeta se reúnen frente a un ciprés en Orihuela, en pleno campo, y recitan algunos poemas suyos, en un gesto íntimo y conmovedor de profunda amistad.

En nuestro trabajo pretendemos rastrear las huellas de Miguel Hernández en el continente americano después de su muerte y durante las décadas de los años 40 y 50, especialmente en Cuba, Argentina, México y Chile. Al poeta de Orihuela se le rindieron durante ese periodo sentidos homenajes en América Latina, que suponen el germen o semilla de la dimensión que en los años sesenta tendrá nuestro poeta, límite cronológico de esta ponencia. En 1960, con la publicación de las *Obras completas* a cargo de la editorial argentina Losada, se inicia una importante fase de estudio que toma el relevo a la difusión emprendida en las dos décadas anteriores por amigos y admiradores del escritor oriolano.

Desde 1939 América se convierte en refugio seguro para miles de exiliados o transterrados españoles que, con el triunfo del general Francisco Franco, se ven obligados a abandonar su tierra, casa, familiares y amigos, empleos y sueños. Serán ellos quienes, con la inestimable colaboración de sus nuevos compatriotas y de algunos gobernantes, impulsen la figura de Miguel Hernández junto con la de Federico García Lorca y Antonio Machado como símbolos de una República que, pese a su derrota bélica, mantiene en sus principios y valores la razón de su vigencia.

Quizás convenga puntualizar el término «mito» al que aludimos en el título de nuestra intervención. Y traemos aquí el emocionado testimonio de un hernandiano ejemplar, Leopoldo de Luis, que en el I Congreso Internacional dedicado al poeta oriolano ofreció la ponencia «Miguel Hernández, o el mito verdadero», a propósito del libro de Juan Guerrero Zamora sobre el Sumario 21 001. En ese texto, De Luis aclara que un mito no es más

que un símbolo de las realidades queridas y anheladas. En él, cada persona que se acerca a un poeta ve reflejadas en la obra de éste las ilusiones y su mundo más íntimo. El mensaje de Miguel Hernández lo hemos hecho nuestro porque nos habla desde la autenticidad, concepto difícilmente analizable pero sí verificable en el auditorio, durante la guerra, que aplaudía cuando el poeta recitaba verdades con las que se identificaban los oyentes. Las circunstancias históricas del continente americano a partir de 1939, con procesos revolucionarios y dictatoriales, y la Segunda Guerra Mundial como telón de fondo, influirán, indudablemente, en potenciar los efectos de la difusión simbólica de, entre otros escritores, Miguel Hernández, símbolo de una lucha permanente.

Antes de que nos detengamos en el impacto de la figura de Miguel Hernández en la crítica americana, en algunos actos concretos, desconocidos hasta para los especialistas, conviene situar críticamente la recepción de la obra hernandiana en España y América durante las décadas de los años treinta, cuarenta y cincuenta, para entender mejor el contexto general en el que nos encontramos.

La crítica y Miguel Hernández

Es muy destacable la atención que viene prestando la crítica especializada desde 1992 a la recepción de la obra hernandiana. En este mismo Congreso, con las ponencias «Miguel Hernández en la transición democrática española: la lectura de Francisco Umbral», de Miguel Ángel Auladell, y «Miguel Hernández y el exilio republicano de 1939», de Manuel Aznar Soler, así como con la comunicación «Miguel Hernández y los poetas del exilio republicano», de José Ramón López García. Ya en 2003, durante el II Congreso Internacional dedicado al poeta, Isabel Cristina Díez Ménguez presentó la comunicación «Bibliografía sobre Miguel Hernández: monografías (1992–2003)». Y en el recordado y antecitado I Congreso de 1992, Claude Couffon ofreció su ponencia «Miguel Hernández en Francia», Elvio Romero su texto, conmovedor, «Miguel Hernández en América», María Cristina Castillo de Mabrey su comunicación «Miguel Hernández y la revolución clandestina de los años sesenta: recepción de su obra antes de la Transición», y Joan Oleza Simó, Xelo Candel, Dolors Cuenca y José Luis Ángeles, «Sobre la recepción de Miguel Hernández». Son trabajos parciales que ofrecen un mapa del hernandismo ajustado a los temas y zonas de producción literaria del autor oriolano sujetas a estudio. Será necesario un esfuerzo mayor para que, en la medida de lo posible, completemos esa cartografía crítica hernandiana que nos brinda una panorámica diversa de la verdadera dimensión del escritor alicantino.

En nuestra opinión, existen dos tiempos en el desarrollo de la crítica hernandiana, como es la etapa de difusión y la de análisis más profundo. Se dieron tanto en las ediciones como en los estudios sobre el poeta (fuentes primarias y fuentes secundarias). En el primer caso, urgía la publicación de la obra de Miguel Hernández por encima de un esfuerzo de criba erudita. Este hecho ha provocado una gran dosis de incomprensión por parte de algunos críticos hacia los trabajos de Juan Guerrero Zamora, Arturo del Hoyo, Vicente Ramos y otros estudiosos que supieron actuar con inteligencia (y en algún caso atrevimiento) ante unas situaciones adversas, y no de manera contemporizadora con el régimen de Franco, como algunos insinuaron, si bien son evidentes los zarpazos de la censura en tales casos.

El límite entre la difusión y el inicio de una escrupulosa publicación y estudio de la obra hernandiana podemos situarlo alrededor de los primeros años de la década de los setenta. En esa década se produce la incorporación de Miguel Hernández al mundo uni-

versitario. Una muestra de ello es el progresivo número de tesinas y tesis doctorales que se realizan en España y fuera del país (Estados Unidos, principalmente), así como una moderada cantidad de revistas académicas que incluyen trabajos sobre el poeta oriolano.

Estos dos ritmos en la crítica hernandiana pueden ejemplificarse con las antologías, las historias de la literatura, los diccionarios y las enciclopedias. Como media, hasta finales de los años cuarenta no se incluye a Miguel Hernández en esos lugares, pero le sigue un vacío de veinte años, hasta los sesenta, en que se inicia un tímido aumento en el número de publicaciones generales. En el periodo comprendido entre 1943 y 1950 no hemos encontrado referencias de nuestro poeta en la prensa española. La situación política es determinante. También podemos recorrer brevemente el camino trazado por la crítica en los trabajos sueltos (los más numerosos) desde los años treinta hasta los cincuenta, que cierra esta etapa de difusión más restringida de la obra hernandiana.

Durante la década de los treinta la crítica estudia poco, rápido y con escaso rigor la obra editada de Miguel Hernández. Los tópicos de pastor, poeta y soldado copan el grueso de unos trabajos de extensión breve, publicados por amigos en medios alicantinos y del exilio. Hasta la guerra, Miguel Hernández es contemplado como una firme promesa. El poeta se transforma en símbolo del intelectual o creador comprometido con la República. El homenaje y el uso propagandístico de su figura caminan juntos aunque, en el transcurso del conflicto bélico, las críticas de cierta corriente estética diferente a la de Miguel Hernández se cebarán en sus versos (por ejemplo, Ramón Gaya). Los años más prolíficos en cuanto a materiales publicados en esta década son 1937 y 1939, claves en el desenlace de la guerra.

En los años cuarenta son los amigos de la guerra, exiliados, los que homenajean al poeta. No pretenden analizar su obra sino rendirle un emocionado recuerdo, con visiones tópicas y también propagandísticas, especialmente en los años inmediatamente posteriores a su muerte. Esto dificultará la visión serena de su obra, condicionada por su trágica muerte. Los años más prolíficos en cuanto a materiales publicados en esta década son (por cantidad de referencias): 1942 (año de su muerte), 1943 y 1940. En un primer momento se creyó que fue fusilado, en julio de 1939, como más adelante veremos.

La década de los años cincuenta se inicia con la edición de varias obras hernandianas, que incidirán en el número de estudios. Ya no sólo son amigos del poeta los autores de los trabajos, sino colegas y exiliados espontáneos que se comunican rápidamente las noticias que les llegan de España. Las revistas alicantinas se responsabilizaron en los años 1951 y 1952 de la difusión de tales ediciones, con Vicente Ramos y Manuel Molina a la cabeza, también el oriolano Francisco Martínez Marín. Miguel Hernández se cuela en libros generales de literatura contemporánea, sobre todo en la segunda mitad de la década. La polémica extraliteraria provocada por el folleto de Guerrero Zamora (*Noticia sobre Miguel Hernández*, 1951), ofrece un desilusionado panorama de la España de aquellos años, una engañosa percepción de la obra hernandiana por aquellas fechas, simple excusa de movimientos ideológicos en el régimen de Franco con un poeta en mitad de la polémica, y que supone una evidente regresión. Los estudios son generales, no muy profundos, muchos de ellos centrados en *El rayo que no cesa*, gracias al volumen de Espasa–Calpe Argentina, y en la preciosa edición de *Obra escogida*, a cargo de Arturo del Hoyo, en Aguilar, aunque se obvian en España los datos referidos a la guerra y a la actitud ideológica desarrollada por Miguel Hernández a lo largo de ésta. Los años 1952, 1954 y 1959 destacan por la elevada cantidad de artículos sobre el poeta, por la publicación de ediciones y el aniversario de su muerte en 1952 (20 referencias).

En los casi cuarenta años que duró el régimen franquista se contemplan asimismo varias etapas en relación con la permisividad de publicar textos de Miguel Hernández. A finales de la década de los cuarenta, en 1949, se autoriza, como ya ha sido mencionado, la importación y distribución de *El rayo que no cesa*. En parte, por su contenido amoroso desideologizado. Las autoridades gubernativas no hallaron impedimento alguno en publicar esos poemas, nada susceptibles de resultar sospechosos y, por ello, salvados del lápiz rojo del censor de turno. Pero el apoyo decidido de Cossío, bien relacionado con falangistas influyentes, resultó fundamental en la empresa.

Los exiliados, como hemos apuntado, atacaron con fuerza esta edición (Neruda compuso un poema, de dudoso gusto, sobre Cossío y otros poetas) y la ya citada de Arturo del Hoyo (*Obra escogida*, 1952), pues en esta última sólo fue posible incluir dos poemas de *Viento del pueblo*, su más representativo título de la guerra. No corrían buenos tiempos para la mesura ni para la comprensión hacia los primeros editores de Hernández en la inmediata posguerra. Éstos se enfrentaron a grandes riesgos por publicar a un poeta considerado proscrito y peligroso, especialmente Vicente Ramos, Manuel Molina y Arturo del Hoyo.

El segundo de los puntos que determina la acogida de la obra hernandiana se centra en el trabajo de la crítica, en la creación y sostenimiento de los diversos tópicos que acompañan al poeta oriolano. Esto supone una mayor complejidad, ya que debemos estudiar aspectos intrínsecos a la propia crítica, no los ambientales, ya esbozados anteriormente, como los lazos afectivos o ideológicos con nuestro autor, el lugar de publicación de los textos, etc.

En nuestra opinión, la biografía ha superado a la obra de Miguel Hernández en la atención de la crítica. Todavía en 2010 presenciamos alguna que otra ceremonia de la confusión entre vida y obra, y se justifica por la especial simbiosis de la primera y la segunda, como si fuese imprescindible, para valorar su obra, relacionarla exclusivamente con sus circunstancias vitales. Las dos biografías más recientes provocan todavía polémicas, en algunos casos innecesarias y bochornosas. Esa imagen desvirtuada de Miguel Hernández ha sido fomentada, en gran medida, por la misma crítica en el plazo de tiempo que media entre la muerte del poeta y los primeros años setenta, cuando se empieza a estudiar con rigor su obra. Pero ya en vida del escritor oriolano, y debido en parte a su propia peripecia biográfica y a las circunstancias que le tocó vivir, se puede advertir esa mistificación. La utilización partidista del poeta como arma arrojadiza contra el régimen de Franco también tiene alguna responsabilidad en todo ello. Como hemos adelantado, no eran, desde luego, tiempos de mesura, ni podían serlo.

Los tópicos y malinterpretaciones se deben, en nuestra opinión, a una postura indolente, cómoda, poco rigurosa de la crítica. Ésta utiliza datos manoseados en los que se desconocen sus fuentes originarias. La trayectoria de Miguel Hernández no puede despacharse con los manidos tópicos de pastor–poeta, pobre y autodidacto, soldado y preso, es mucho más rica y compleja, pero éste es otro tema que no puede ser planteado aquí, pero que bien merece, en el centenario de su nacimiento, una profunda reflexión.

Memoria de un poeta

Antes de entrar propiamente en el tema central de nuestro interés, queremos destacar que, si bien en esta intervención hemos decidido analizar separadamente los principales países en los que se rindieron homenajes tempranos al poeta levantino (Cuba, Argentina, México y Chile), ello no debe hacernos creer que cada nación los organizaba sin contar

con la información suministrada por amigos o compatriotas que sufrieron idéntico infortunio del exilio. Al contrario, los epistolarios y, especialmente los mismos trabajos, son deudores de otros que, a modo de cadena solidaria por la libertad, recorrieron América Latina durante las décadas de los años cuarenta y cincuenta, y convendría que algún día se analice dicha documentación en su conjunto. A partir de los años sesenta, el eco e impulso del hernandismo rampante, al calor del cincuentenario del nacimiento del poeta, de la edición de sus obras completas en Buenos Aires en 1960, y de las numerosas antologías en la intrépida editorial de Gonzalo Losada (un español residente en la Argentina desde antes de la Guerra Civil), coincidió con la búsqueda de una nueva situación política de las naciones americanas frente al imperio de los Estados Unidos, y a la semilla que plantaron los primeros exiliados españoles.

Cuba, país en el que se refugiaron valiosos intelectuales y políticos de la República, fue el primero en recordar al poeta oriolano al término de la Guerra Civil. Se corrió la especie de su muerte por fusilamiento, ejecutado en Madrid el 20 de julio de 1939. El exilio, en la isla caribeña, del poeta y editor Manuel Altolaguirre y de otro destacado escritor español como fue Juan Chabás pero, sobre todo, la simpatía profunda de los autores y políticos cubanos facilitó una corriente de entrañable solidaridad con Miguel Hernández, que simbolizaba la España aherrojada. Con tal motivo, sale de la imprenta de Altolaguirre la bella edición de *Sino sangriento y otros poemas*, de 59 páginas, dentro de la colección «El ciervo herido», el 30 de agosto de 1939, la primera impresa en América, con una nota preliminar en la que el malagueño recuerda que le editó un libro «en vida». Además, el poeta–impresor recalcó sobre su amigo que, «No es cierto, pues, que fuera un poeta desconocido antes de la guerra, sino por el contrario, a pesar de su juventud ya había pasado por diferentes modos de sentir y pensar». Más adelante, afirma que

> Dije antes que vivía rodeado de exaltación. Era llama de amor viva. Su fuego, su esperanza, su heroísmo crecieron en la guerra. Fue valiente y apasionado hasta perder la memoria. Su muerte es la mayor cobardía de esta guerra. Ojalá pudiéramos ser los poetas tan terribles[1].

El sábado 19 de agosto, a las ocho y media de la tarde[2], de ese mismo año, se celebró un homenaje a Miguel Hernández, en la Casa de la Cultura, organizado por la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, del que queda como testimonio gráfico una fotografía[3] en la que aparecen Eugenio Florit, Nicolás Guillén, Teté Casuso y el mencionado Altolaguirre, que publica «Noticia sobre Miguel Hernández» en la revista habanera *Espuela de Plata*, en agosto–septiembre de ese año[4]. José Rubia Barcia escribió, asimismo, «Estampa sobre Miguel Hernández» en *Pueblo*, de La Habana, el 14 de septiembre de 1940, en el que se hizo eco de la (falsa) noticia del fusilamiento del poeta en Madrid. Juan Marinello publicó un artículo de prensa en el diario habanero *Hoy* el 23 de agosto de 1939, y al calor del mencionado homenaje al poeta español unos días antes, el sábado día 19, recordaba la voz de éste, representativa del campesino español, rebelde y tierna a la vez. Vaticinaba en este temprano trabajo de urgencia dos temas recurrentes en sus posteriores glosas: la creencia de que Miguel Hernández se convertiría en «el artista del mañana»; y de que se trata de «un poeta del dolor español en toda su anchura». Ahí recuerda que «Cuando nos decía sus versos en la Valencia bombardeada, en el Madrid despedazado [...], yo me quedaba en su voz, me distraía en su tono, me vencía en su fuerza». Y relacionaba esa voz de Miguel Hernández con la del campesino cubano:

> La voz de Miguel era la misma, en su rudeza, en sus inflexiones, en su raíz válida, que la de esos hombres humildes y directos que han trasladado al campo cubano re-

> sonancia clásica y mejor acento actual. La narración enseñaba la capacidad de apretar lo esencial, el poder de ver lo de atrás, de adivinar lo futuro.

En esencia,

> una voz, un tono, en que lo agrio, lo rencoroso, lo rebelde, está siempre movido, conmovido, por una ternura que no ha tenido empleo, que, como jamás ha enseñado al sol su largueza, araña por dentro la queja bronca.

De este modo, el poeta oriolano se convertiría para Marinello en

> un poeta del dolor español en toda su anchura. Yo vi cómo el soldado de la trinchera lloraba con su poema [...] Su verso fue su voz, y su voz su España. La España soterrada, mil veces muerta y mil veces viva, la España que, cuando viva de una vez, tendrá en su vida el tesoro inmedible sus agonías seculares.

Cuando la noticia de la muerte «real» de Miguel Hernández llega a la isla, se le tributará un homenaje en el Salón de Recepciones del Municipio de La Habana, el 20 de enero de 1943, organizado por la Comisión Pro–Homenaje a Miguel Hernández, del que queda constancia un cuaderno de 48 páginas, reeditado en facsímil en 2007 por la Fundación Cultural Miguel Hernández, titulado precisamente *Homenaje a Miguel Hernández*, en enero de 1943. No es el primer homenaje público celebrado en América, pero supone la reafirmación cubana de un fervor hernandiano que no recaerá nunca, asociada al propio devenir histórico del país caribeño, identificado con el triunfo de la Revolución de 1959. Aquel día tiene lugar en el Palacio Municipal de La Habana, como hemos adelantado, un homenaje público al poeta, con colaboraciones de Nicolás Guillén, Enrique Serpa, Félix Montiel, Juan Chabás, Juan Marinello (quizás el más destacado hernandiano cubano y quien sembró la espléndida huella actual del poeta español en la isla), Ángel I. Augier y José Antonio Portuondo. Durante la velada, la Banda Municipal ejecutó los himnos de Cuba y de la República. Paquita Peyró declamó algunos poemas de Hernández y Alejo Carpentier presentó el disco que devendría legendario con la voz de nuestro poeta. Según la «Nota Preliminar» de la edición de los discursos, «el numeroso público escuchó de pie con silenciosa y profunda emoción»[5].

Al parecer, las palabras de Carpentier fueron breves e informales, pues no se recogen en el citado folleto. El escritor cubano prefirió remitirse a sus artes de capturador de voces y ecos aprendidas en París.

En el mencionado folleto, Marinello publicaría un sentido trabajo, que llevaba por título «Miguel Hernández, labrador de más aire» (al que prestaremos una atención especial), posteriormente recogido en otros medios como el diario de Nueva York *Pueblos Hispanos*[6], y publicado también en su interesante libro *Contemporáneos. Noticia y memoria*[7], y como epílogo a la edición cubana del *Teatro* de Hernández[8].

Nos detendremos sólo en algunos aspectos destacables de este homenaje habanero de 1943. Todos los que colaboraron en el mismo resaltaron el carácter icónico de Miguel Hernández, como representante de la lucha antifascista. Guillén[9] desmiente que algunos amigos del poeta, «no precisamente españoles ni franquistas», realizaran gestiones para que el poeta fuera trasladado a un sanatorio. El tiempo dio la razón a José María de Cossío o a Vicente Aleixandre. Enrique Serpa[10] critica a los poetas que vieron en la guerra un mero pretexto para la creación. Por el contrario, Miguel Hernández fue «un canto espontáneo, sin retoque ni aliños» en el romancero de la guerra. También, y esto interesa más en relación con los efectos de la conocida «Ponencia colectiva», censura «altisonancias

de proclama, estridencias de cartel o enfática elocuencia de discurso», aunque posea un espíritu humano y sus versos son «dramáticos» y «broncos».

En el primero de los textos («Miguel Hernández, labrador de más aire»), publicado en 1943, Marinello resalta en Hernández la «elocuencia lírica del verdadero pueblo español». Dicha «elocuencia lírica» es el producto de la «capacidad para ofrecer lo permanente y primordial de una comunidad a través de la ráfaga eternizadora del lirismo». Para ello es necesario contar con una técnica formal adecuada y con un oído fino que capte las ansias del pueblo. Antonio Machado, Federico García Lorca y el propio Miguel Hernández cumplen, cada uno a su modo, con el compromiso de cantar los sueños de España. Marinello, sin embargo, tiene una especial predilección por el poeta oriolano:

> era de una gran fuerza que no sólo andaba con su pueblo sino con lo más profundo de la voluntad su pueblo. Fue un poeta militante, hombre de bandera y de fe [...] Miguel Hernández fue un hombre de mi amistad y de mi partido [...] al decir que en lo producido por él apuntaba una poesía de inmedible y seguro porvenir que, como cosa de pueblo, no podrá frustrarse y alentará mañana y crecerá en los cantores de su estirpe.

El escritor cubano describe al poeta español en términos briosos:

> Hasta en el movimiento físico trasfundía su condición de partícula positiva y andante de su pueblo. Trajinado y presuroso, iba con la guerra disparando balas y versos en una alegría profunda y activa. Jamás he encontrado en hombre un más ufano sentido del deber colectivo. Y sólo en nuestro José Martí se toca un tal goce del sacrificio.

Rememora los agitados pero ilusionados días en que conoció a Hernández, y critica «el gesto alarmado de algún señorito de la Literatura que estaba al lado de acá sólo porque la crecida del río lo había lanzado sobre la orilla izquierda». Esos «señoritos» se alarmaron porque Hernández

> tenía demasiada tierra en los pies [...] cuando el milagroso muchacho, entrabado en los ajetreos urgentes de la guerra, daba un verso generoso pero no excelente, el señoritismo literario se erguía implacable: tenía que ser.

Marinello acierta, en nuestra opinión, cuando afirma que «España no ha hecho gran literatura sino cuando ha hundido las manos doctas en la tierra de fundación de la masa». Los aciertos de Miguel Hernández serían, para Marinello, los siguientes: 1º) «elocuencia querenciosa de lo distante»; 2º) descripciones directas, pero llenas de «rumor inefable»; y 3º) «su grito imperioso en que las palabras andan como quieren y porque quieren». En resumen, para Marinello la obra hernandiana ejemplifica, como la de ningún otro escritor español,

> la sustancia de inmortalidad de la literatura de España [...] Porque lo clásico allí lo ha hecho el pueblo [...] El triunfo de Miguel Hernández fue rápido y será ascendente porque fue un clásico en el mejor significado del vocablo.

Marinello vaticina que en América se tendrá a Hernández como «hombre de futuro» porque

> Su canto es como una síntesis precoz del trabajo futuro del artista [...] Mañana, cuando toda la calle sea escuela y todo campo hermandad trabajadora, Miguel Hernández será norma y ley de artistas. Entonces todos los poetas serán, como él, palabra singular y penetrante, alumbramiento sorprendente del camino de todos; pero también

cuenca húmeda, maternal y germinadora, en que todos pongan el oído fatigado para tomar ida y muerte, como en un regazo leal y amado.

Ángel Augier prefirió homenajear a Hernández con un poema, «Elegía en tu misma sangre», que cuenta con una bella dedicatoria: «A la memoria de Miguel Hernández; a su manera». El final del mismo resume el del poeta oriolano: «¡Cómo duele la savia de tu pulmón herido/así tan de salvaje manera derramada;/la llaga de tu cuerpo, tu júbilo abatido/tu líquida mirada!»[11].

José Antonio Portuondo realiza un paralelismo entre una etapa de la poesía hernandiana y la obra de José María Gabriel y Galán, poeta salmantino que influyó inicialmente en el primer Miguel Hernández.

Juan Chabás, paisano del alicantino, y al que conoció bien durante la guerra, escribió una vibrante crónica sobre sus recuerdos con el amigo y camarada. En los años cincuenta, antes de su muerte en 1954, Chabás difundiría la obra de su compatriota a través de la celebérrima antología *Poetas de todos los tiempos*, editada en La Habana a principios de la década de los años cincuenta, y que se convirtió en lectura obligatoria para los estudiantes de Bachillerato tras el triunfo de la Revolución.

El 26 de marzo de 1956 Enrique Labrador Ruiz publica, en la página 24 de *Alerta*, el artículo «Me llamo barro aunque Miguel me llame», dado también a conocer con el mismo título en el número 7, de ese mismo año, de la revista sansalvadoreña *Cultura*, en las páginas 50–54. Este trabajo nos interesa porque supone la ruptura del tranquilo estanque crítico de la isla caribeña. Labrador reprocha las diversas visiones que algunos estudiosos han expuesto sobre Miguel Hernández: desde el «ascético» hasta el «nihilista», y el partidismo de dichos estudios (Hernández como «símbolo»). A continuación, afirma que la poesía hernandiana no admite «cerrojos preceptistas». De puntillas cita *El hombre acecha* y *Cancionero y romancero de ausencias*: «Personas muy enteradas afirman que lo mejor de la poesía de Miguel Hernández duerme en gavetas de olvido todavía». Y un comentario relevante sobre *Viento del pueblo*: «al que ha querido rebajársele mérito por razones políticas, es obra de penetración certera y profunda».

En Argentina, uno de los principales destinos de los exiliados españoles, el eco de la muerte de Miguel Hernández fue muy importante. El hecho de que Rafael Alberti o Lorenzo Varela, entre otros, fueran acogidos en el país sudamericano facilitó la tremenda huella hernandiana que, todavía hoy, se percibe en el país.

Si en Cuba se imprime la primera edición de Miguel Hernández tras la Guerra Civil, será en Argentina en donde se publique, en diciembre de 1942, la primera tras la muerte del alicantino: *El rayo que no cesa y otros poemas (1934–1936)*, con prólogo y epílogo de Rafael Alberti, en la cuidada colección «Rama de Oro», en tirada numerada y papel canson[12]. Tanto en el prólogo[13] como en el epílogo[14], Alberti destaca el origen terrestre y popular de Miguel Hernández y arremete contra los que lo han «matado». Ofrece noticias confusas, como la publicación del auto sacramental tras la elegía dedicada a Sijé, su apariencia con «pantalón de pana, botazas como zuecos y zamarra» en 1932–33 del «poeta–pastor». Da la noticia de la liberación de Miguel Hernández, gracias a una «alta dignidad de la Iglesia, amiga de Franco» [el cardenal Baudrillart], que repetirá en sus recuerdos. Según Alberti, la obra conocida de Hernández es la siguiente: *El rayo que no cesa* (1934–1935), *Viento del pueblo* (1936–1937), *Quién te ha visto y quién te ve* (1934), *El labrador de más aire* (1936) y *El pastor de la muerte* (1937, inédito). No menciona ni *Perito en lunas* (1933) ni el resto de su producción teatral. En ese mismo aciago año 1942, tanto Horacio Raúl Klappenbach[15] como Cayetano Córdova Iturburu[16] publican textos de

procedencia diversa en el mismo medio: el primero es un artículo y el segundo lo componen fragmentos de un discurso. Un año después, en 1943, el español Valentín de Pedro[17] recuerda al poeta en un diario con evocador título: *Correo de Asturias*.

Pedro Larralde[18] publica «La poesía de Miguel Hernández» en *Correo Literario*, de Buenos Aires, el 15 de abril de 1944. En dicho artículo, Larralde afirma que *El rayo que no cesa* fue «el libro inicial», olvidando *Perito en lunas*, recalcando el origen «pastor» de nuestro autor. Los veneros de donde bebe éste serían, para Larralde, la tradición lírica española, con Quevedo (del que tomaría su dolor existencial) y Lope (plasmada en la «Elegía a Ramón Sijé», con símbolos como las «abejas»). El barroquismo que aparece en sus composiciones revelaría, para Larralde, «un barroquismo originado en la expansión sensorial». También interesa mucho la opinión de Pedro Larralde sobre la fe de Miguel Hernández en la tierra cuando éste es consciente de su desamparo por la realidad que le rodea, realidad abstracta por otro lado. Forma parte, para el alicantino, de un modo particular de conocimiento, como su estancia en el vientre materno. Se trata de un comentario realmente curioso y que sorprende por lo adelantado (1944) de sus apreciaciones, aunque errores y tópicos se confundan con los evidentes logros de este artículo, no conocido ni consultado, que sepamos, en España o por los estudiosos hernandianos en los artículos o monografías dedicadas a Hernández.

Será en 1949 cuando aparezca la conocida edición *El rayo que no cesa*, con prólogo de José María de Cossío, a cargo de Espasa–Calpe argentina[19], el verdadero y conseguido despegue de la obra hernandiana.

En el prólogo[20], Cossío afirma que esta edición reproduce la primera de *El rayo...* y que posee un borrador del primitivo libro *El silbo vulnerado*, publicándolo luego, pues en él hay unos sonetos que después no se incorporaron a *El rayo...* También añade los poemas publicados en la revista *El Gallo Crisis*. Destaca el «afán de espiritualidad» hernandiano; la legendaria pobreza familiar («un hogar de cortísima fortuna»); la calificación de que fue «el poeta de más fuerte personalidad y de mayor aliento de toda su promoción»; su conducta en la guerra, «digna del respeto de todos, por su humanidad y respeto» y, finalmente, su muerte, en la que «los mismos brazos piadosos que le asistieron en su iniciación espiritual, recogieron su aliento último» (refiriéndose a Luis Almarcha).

En 1952 la antología *La poesía del siglo veinte en América y España*[21] incluye varios poemas hernandianos. También, en 1952, aparece un artículo anónimo: «Pasión y muerte de Miguel Hernández»[22], y otro de Ángel Rodríguez Segurado[23]: «Dolor y soledad en la poesía de Miguel Hernández», publicado en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, en el que analiza los temas del dolor y de la soledad (aquél tiene como consecuencia éste), y afirmaba no encontrar un ejemplo (salvo uno) en que Miguel Hernández «se debata entre aceptar o no la vida». Analiza los sonetos 1 y 2 de *El rayo que no cesa*. El primero se debe a una «enfermedad» (?). Miguel Hernández amaría, según Rodríguez Segurado, desde la soledad.

Un año después, en 1953, el español Enrique Azcoaga, que coincidió con Miguel Hernández en las Misiones Pedagógicas, prologa y selecciona poemas de su amigo en *Panorama de la poesía moderna española*[24]. Incluimos estas antologías por el evidente interés de las mismas y por su prestigio al configurar un canon de antologías disímiles en sus objetivos y planteamientos pero muy conocidas.

En 1956 aparece en escena el poeta paraguayo Elvio Romero, tan decisivo en la difusión de Miguel Hernández en la Argentina. En ese año se publica, en edición a su cargo, *Viento del pueblo*[25], que supone la segunda del poemario. En el prólogo[26], el poeta

paraguayo resalta la importancia de Raúl González Tuñón en la orientación política de Hernández, antes de la ascendencia de Neruda sobre el oriolano. También destaca el carácter oral de *Viento del pueblo*; el tono quevediano, tradicional de imprecación, lucha y agonía; la biografía, en la que sobresale el «destino dramático y triunfante»; la naturaleza y el paisaje; la religiosidad; la intervención de Neruda ante el cardenal Baudrillart para conseguir la libertad de Miguel Hernández; las anécdotas del Madrid de la preguerra; la relación con Sijé (éste, según Romero, le hace leer a Alberti, autor que el joven ensayista de Orihuela odiaba); la imagen (tópica) del pastor en la ciudad; el viaje a la Unión Soviética para conocer «las nuevas tendencias teatrales»; y las alusiones directas contra «los Ortega, los Marañón, los Diego, los Cossío» que, parafraseando a Neruda, «se taparon los oídos para no escucharle y callaron envilecidos». Se publicaron los famosos versos apócrifos, y concluye Romero afirmando que el cuerpo del poeta es sepultado en «un mísero patio de la prisión». No se incluyeron ni las preciosas fotografías ni el prólogo de Tomás Navarro Tomás, seguramente por las críticas que éste vertió sobre el libro, y no se aportan notas al texto.

En 1957, Jorge A. Ruiz[27] publica «Miguel Hernández: presencia de la poesía heroica». También en ese año de 1957, sale al mercado la segunda edición de *Obra escogida*, por la casa Aguilar, a cargo de Arturo del Hoyo, inicialmente aparecida en Madrid en 1952, y la tercera en México en 1962. Agotada la primera edición española (que ocasionó una fuerte polémica), a pesar de su precio elevado, fue prohibida la reimpresión y la venta de las reimpresiones americanas. Ese mismo año se publica en Santa Fe, a través de la editorial Castellui, la segunda edición corregida y aumentada de *Antología universal de la poesía*, con algunos poemas hernandianos seleccionados por Miguel Brasco[28].

Y en los últimos años de la década, concretamente en 1958, aparece *Cancionero y romancero de ausencias*[29], también prologado por Elvio Romero con el título de «Miguel Hernández, entre la vida y la muerte»[30]. Aparte de referencias a su biografía, en las que el crítico recalca la coherencia ideológica de Miguel Hernández cuando éste se opone a colaborar con el régimen franquista a cambio de la libertad, destacan algunas opiniones críticas de interés. Según Romero, *Cancionero...* será la victoria de la pasión sobre la cárcel. Además, el contacto con los demás presos alimentará también dicho poemario. Aparece la ineludible referencia a la libertad gracias al cardenal Baudrillart y el asunto referido a Carlos Morla Lynch, no muy bien parado. Según Romero, Miguel Hernández aprende francés con las cartas de Mm. de Sevigné. *El Cancionero...* es, concluye Romero, «testimonio cruento de su paso por un trecho de sombras». El crítico estructura el libro en dos partes con números romanos. En la primera[31] no aparecen los títulos de los poemas y en el segundo sí (16 poemas). No explica los criterios de selección y edición.

En ese mismo y fructífero año de 1958 sale en la colección «Cuadernillos de Poesía», dirigida por Simón Latino, una breve antología con el título *Los mejores versos de Miguel Hernández*[32]. Latino presenta, en la primera página, al poeta oriolano. El «origen popular campesino, su espíritu democrático liberal y su muerte prematura en una prisión injusta» son los valores que le convierten en un escritor querido en América. Reconoce que su obra no se ha difundido lo suficiente allí y en España y que la edición es un homenaje y una reparación. Más adelante, resalta «La riqueza verbal, la habilidad para expresar viejos pensamientos en forma nueva», cualidades de su vibrante poesía. Sobre el posible comunismo de Hernández, el editor niega tal identificación política, aunque luchara al lado de ellos. De hecho afirma que «todas las personas decentes [...] lucharon al lado de los comunistas, sin que pueda decirse que lo fueran». Manuel Molina, el poeta alicantino,

inserta una pequeña noticia fechada en Alicante ese mismo año de 1958. Algún error se desliza, como el de datar en 1934 *El rayo que no cesa* y 1939 para *El labrador de más aire*. Susana March, en la página 3, incluye un poema suyo dedicado a Miguel Hernández con el título «A Miguel Hernández». A continuación, siguen poemas de «Primeros poemas», *El silbo vulnerado*, *El rayo que no cesa*, *Viento del pueblo* y de *Cancionero y romancero de ausencias*.

En ese fecundo año de 1958, Losada publica el primer «best–seller» en las biografías de Miguel Hernández: el libro de Elvio Romero *Miguel Hernández, destino y poesía*[33]. Los ecos de la crítica de Romero serán numerosos, y por ello consideramos muy importante destacar algunos puntos interesantes del volumen.

El libro no entra dentro de la crítica literaria, sino del reportaje periodístico, orientado claramente hacia una ideología de izquierdas. No posee bibliografía o fuentes directas, aunque sí fragmentos de cartas y versos de *Cancionero y romancero de ausencias* y de otros libros anteriores.

Los golpes que el padre sacudía al niño Miguel (p. 13) o la ausencia de aquél en el funeral de éste (p. 16) son puntos interesantes. Otros serían las omisiones en el libro de personajes como Almarcha, Martínez Arenas, Sansano, Ballesteros, etc., junto con la inexactitud de afirmar que en el Madrid de 1931 Miguel Hernández encontró «un aire pletórico de fervores» (p. 27), o que omita la duración de dicho viaje.

Otras particularidades del libro pueden ser las diferencias que Romero establece entre Gabriel y Galán y Miguel Hernández (p. 29) y las «deudas» contraídas por su edición de *Perito en lunas* (p. 33), sufragada por Almarcha (aunque Romero no lo diga). La opinión del paraguayo sobre dicho poemario resulta negativa: «neologismos y arcaísmos traídos a contramarcha le momifican el aliento y la falsa postura le desquicia los pasos [...] los versos suenan a moneda falsa, a esplendor engañoso, a piedra echada en saco roto» (p. 34).

La relación con González Tuñón (pp. 60, 70–76 y 102) es interesante, sobre todo el aliento insuflado en Miguel Hernández para escribir versos ideologizados políticamente.

A vueltas de su viaje a la URSS, a finales de agosto de 1937, Romero no menciona a Octavio Paz ni a Alejo Carpentier, que se encontraron con el oriolano en París. La guerra devolverá a Miguel Hernández a su origen popular: «Se rescata para sí y para su pueblo» (p. 98). Según Romero, *Viento del pueblo* conjuga la tradición del romancero con la innovación (p. 101).

De *El hombre acecha*, Romero defiende que Miguel Hernández «fue el único que retrató la mortecina luz que se avecinaba, la hora que precede a la derrota» (p. 119), exaltación aparente y desilusión honda.

La versión de Neruda sobre la liberación de Miguel Hernández (pp. 128–129), y la fijación por crear una leyenda de una muerte evitable siguen en pie, así como los envíos de dinero de Vergara Donoso, «por expreso pedido de Neruda» (p. 133), tampoco cierto. La imagen que ofrece de Cossío (p. 135) proviene de los lamentables versos de Neruda.

Romero justifica, en cierta manera, el olvido de Miguel Hernández, por los efectos de la IIª Guerra Mundial (p. 138). Las grandes experiencias serán para el español, según Romero, el amor, la guerra y la cárcel (p. 143), identificándose vida y obra, poesía y divinidad (p. 144). Según Romero, *Cancionero y romancero de ausencias* es una especie de monólogo interior (p. 146).

El crítico paraguayo compara a Miguel Hernández con César Vallejo (p. 150), y ofrece, como colofón, los célebres versos apócrifos: «[MH] levantó la mano demacrada y dibujó en los muros su tremenda y desgarradora despedida:

> Adiós hermanos, camaradas, amigos:
> ¡Despedidme del sol y de los trigos! (p. 164)

En 1992, con motivo del I Congreso Internacional dedicado a Miguel Hernández, Elvio Romero justificó la inclusión de esos versos apócrifos como algo propio de un fervoroso admirador del oriolano, y afirmó que su biografía no pretendía ser crítica, sino testimonio de un joven lector hernandiano.

Para rematar la década, en 1959 se publica en Buenos Aires *Los hijos de la piedra*[34], con prólogo anónimo[35], plagado de tópicos y algunos errores, como el título de *Perito en lunas*, rebautizado como *Puerto en lunas*, o *Seis poemas inéditos y nueve más* también: *Sus poemas inéditos y nueve más*. Las inexactitudes provocadas por los testimonios de Neruda y Alberti hacen acto de presencia, especialmente en el escabroso asunto de la liberación en septiembre de 1939 de Miguel Hernández por mediación del cardenal Baudrillart y la actuación de Carlos Morla Lynch como encargado de Negocios de la Embajada chilena, calificado como «abyecto»; la cita de una carta dirigida a Josefina en la que critica los malos tratos que sufre en manos de sus paisanos (confunde la prisión habilitada en el seminario de San Miguel en Orihuela con el Reformatorio de Adultos alicantino); la propuesta de libertad a cambio de colaborar con el nuevo régimen; y, finalmente, el sacrificio de los tres poetas (Lorca, Machado y Miguel Hernández), son algunos temas de interés. Todos estos puntos, como vemos, reiterativos en los textos aparecidos en esas fechas sobre el poeta. Los poetas del sacrificio supondrán un marchamo de efectivo recurso propagandístico, incluso entonces. Y también en 1959, Alfredo Veiravé[36] publica en Tucumán «Los motivos principales de *El rayo que no cesa* de Miguel Hernández», en el que se extiende sobre el toro, el rayo y el amor; en definitiva, el sentimiento trágico de la vida; y Guillermo Orce Remis[37] «Raíz y canto de Miguel Hernández», en el que resalta de la obra hernandiana el telurismo y el dolor. También afirma que los críticos no pueden reducir al poeta a fichas porque renueva las metáforas viejas. Concluye el trabajo con la siguiente aseveración: «Hernández [...] unió su voz a la de antiguos seres que aún habitan la poesía». Boscán, Garcilaso y Herrera, otros clásicos, serán el centro de atención para Orce Remis en su artículo: «Estos tres poetas viven en Hernández».

Será México el país en donde se tribute un sentido y primer homenaje a nuestro poeta tras su muerte, concretamente el miércoles 16 de diciembre de 1942, a las 19:30 horas. Una Comisión Organizadora compuesta por Octavio G. Barreda (director y fundador de *Letras de México*), Pablo Neruda y Juan Rejano rindió un reconocimiento público al poeta oriolano, muerto el 28 de marzo de ese mismo año, en la Sala de Conferencias del Palacio de Bellas Artes[38]. En el programa, aparte de las intervenciones de, entre otras personas, Carlos Pellicer o Pablo Neruda, y la lectura de una cuartilla de Rafael Alberti, figuraba, en tercer lugar por orden de aparición, José Herrera Petere, lo cual resulta significativo por la relevancia del acto. El semanario mexicano *España Popular*[39] dio noticia de la muerte de Miguel Hernández el 30 de octubre de 1942. Dos meses después, el 25 de diciembre[40], se ofrece la crónica del acto, con la presencia de coetáneos del poeta español que lo conocieron, como Enrique Diez-Canedo, Luis Enrique Délano y Juan Rejano, y las adhesiones de Octavio Paz, Juan Marinello, Nicolás Guillén y Manuel Altolaguirre. En un recorte de periódico que ha llegado a nosotros sin consignar título del mismo ni fecha,

pero posterior ésta a la celebración del acto, con el título «Los Españoles Desterrados Volverán a tomar las Armas. Así lo afirmaron en el Homenaje al Poeta Español Miguel Hernández», se informa de la participación de Herrera Petere:

> El escritor español José Herrera Petere, que conoció como compañero al poeta desaparecido, habló en seguida diciendo que Miguel Hernández fue el cantor de un nuevo humanismo y que estuvo en todas partes de España, defendiendo su patria de las ametralladoras fascistas; pero murió víctima de la fatalidad, legando con su muerte un ejemplo y una bandera a la joven generación española que vive en el destierro.

Durante aquel otoño de 1942 se sucedieron recuerdos al poeta levantino en América Latina, principalmente en México y Argentina: Juan Rejano[41]; «Miguel Hernández», sin firma[42]; en el mismo número que la revista anterior, Francisco Giner de los Ríos dedicó al poeta alicantino el poema «Miguel Hernández»[43]; Octavio Paz, «Recoged esta voz...»[44]; José Luis Martínez, «Miguel Hernández»[45]; Antonio Sánchez Barbudo, «Miguel Hernández»[46]; «Miguel Hernández», sin firma[47]; en ese mismo número de la revista bonaerense *De Mar a Mar*, Rafael Alberti publicó «Égloga fúnebre a tres voces y un toro para la muerte lenta de un poeta»[48]. Raúl González Tuñón[49], Lorenzo Varela[50], Claudio de la Roca[51], Rafael Santos Torroella[52], Ramón de Garciasol[53] también participarán con poemas. Y Pablo Rojas Paz[54] o Rafael Alberti[55] dedicarán textos en prosa, de carácter evocativo, al poeta alicantino.

Sin embargo, hemos localizado un artículo desconocido del citado José Herrera Petere[56]: «En contra de un absurdo y peligroso "geografismo"». En dicho trabajo, Herrera Petere se suma a la polémica suscitada entre José E. Iturriaga (al que conocía de colaborar ambos en *Letras de México*, el segundo de ellos en 19 ocasiones) y Juan Larrea en las páginas de *Cuadernos Americanos* con la publicación de «Hacia una definición de América. Dos cartas», de los dos anteriores[57].

Larrea publicó en *Letras de México* un total de seis trabajos, entre ellos el artículo «Hacia una definición de América. *Última Tule*»[58], ensayo sobre aspectos de carácter religioso, mitológico y filosófico en el que, tomando como base las ideas de Alfonso Reyes, advierte que para la religión surge en primer lugar la idea del Padre, es decir, la tesis; del Padre se desprende la idea del Hijo, esto es, la antítesis; de la relación entre el primero y el segundo surge la síntesis, el Espíritu. Esta misma relación aparece en el transcurso de las civilizaciones. La cultura asiática constituye la tesis o principio; Europa es el hijo; y América la síntesis de ambos. Dentro de ésta, se perpetúa este patrón con tres nombres: Bolívar, como tesis, la creación de una América única y soberana; José Martí es el hijo que difunde la esencia del padre; y Rubén Darío la síntesis, que con su poesía consigue sublimar el espíritu de América y llevarlo de nuevo al origen de todo.

Herrera Petere, en su artículo, censura a Larrea que niegue a Europa su influencia sobre el continente americano, pero alaba su visión poética. Es, además, emocionante la presencia del nombre de Miguel Hernández:

> Para terminar, amigo Larrea, quiero hacerlo con uno de tus párrafos, pero dándole un sentido de homenaje universal, actual y real. Lo hago en nombre de esos intelectuales europeos «que se han mostrado incapaces», como tú dices, «de discernir el sentido de los hechos, su valor preciso en el encadenamiento de transformaciones»; pero que en cambio, como Miguel Hernández, están muriendo en los campos de concentración o en las cárceles, sin que de su boca salga una sola frase de capitulación.

Antonio Machado, Federico García Lorca y Miguel Hernández se convirtieron, como hemos adelantado, en iconos o símbolos de resistencia antifascista para los exiliados republicanos en México[59]. Herrera Petere, que conoció a los tres y a los que apreció de distinta manera, escribió un extenso trabajo en el que ensalzaba a los «poetas del sacrificio», especialmente al oriolano. Se trata de «García Lorca, Miguel Hernández y Antonio Machado (Muerte y vida de la poesía española)», recogido en el libro colectivo *Retablo hispánico*[60], publicado en la capital azteca en 1946. Los tres se convertirán en iconos de la resistencia antifranquista y en símbolos recurrentes.

En este extenso artículo, Herrera Petere sitúa al comienzo del mismo el estado de la poesía española en 1936, en vísperas de la Guerra Civil, con la presencia cada vez mayor del pueblo, en detrimento de la metáfora, en alusión a la vanguardia y al 27. Para nuestro autor, el folklore, unido al pueblo, era la línea salvadora de la literatura, y los tres poetas objeto de su estudio representan al pueblo.

Nuestro autor dedica un amplio espacio a Miguel Hernández, del que afirma que la guerra consiguió ponerle frente a la realidad, con la influencia de Machado, además de mencionar algunos aspectos biográficos inexactos propalados por exiliados y presentes en las semblanzas del oriolano, el chantaje de Luis Almarcha de conseguirle la libertad a cambio de renegar por escrito de su ideología, que fuera rechazado en las embajadas en Madrid o conducido a Valencia. Su muerte entra dentro del halo misterioso y legendario, con las dudas de si murió como consecuencia de las palizas en la cárcel o por la tuberculosis.

Eduardo de Ontañón[61], Fedor Kelin[62], Alfredo Cardona Peña[63], Pascual Pla y Beltrán[64], Mario Hernández[65], Max Aub[66] o José Pascual Buxó[67] también publicarán trabajos dedicados a glosar la vida y obra del poeta oriolano en las décadas de los años cuarenta y cincuenta.

Y el granadino José Francisco Cirre[68] dedica varias páginas a Miguel Hernández en su *Forma y espíritu de una lírica española (1920–1935)*, publicado en México en 1950. Cirre destaca la «escasa complicación» de su poesía, su «vena popular» y «temperamento religioso, esencialmente cristiano». El estudioso advierte de que es importante estudiar la figura de Miguel Hernández «en todos sus aspectos», su poesía «es difícil de clasificar» y así «es un genio solitario». Para Cirre, Hernández es «viento huracanado que derriba valores convertidos en convencionales a fuerza de repetirse».

En Chile, serán también los amigos del poeta los que inicien la difusión de su figura, interesándose, en un principio, más por su biografía que por su obra literaria.

Luis Enrique Délano publica un interesante artículo en plena Guerra Civil, en 1937, con el título de «Juventud asombrosa y juventud herida. En torno de la poesía de Miguel Hernández», en la *Revista de la Sociedad de Escritores de Chile* [69], si bien el trabajo está fechado en Madrid un año antes, en 1936.

Según el escritor (y diplomático) chileno, el marxismo une a la generación de jóvenes poetas españoles, que se aferran a la cultura, no la desdeñan. Califica a Hernández como «el mejor dotado poeta de su generación».

Según Délano, Hernández entró en la poesía con una tremenda fuerza, con ese empuje de los clásicos en la forma porque el fondo es personal: giros, combinaciones, metáforas, etc. Su barroquismo se pone de manifiesto, aunque «una fuerza contiene el exceso» y «la pasión no revienta tampoco en relámpagos, sino en luces». La pasión y la expresión son controladas por el poeta.

La «seriedad» de su poesía, su no adscripción a ningún poeta anterior, la facilidad verbal, aparente, y la labor lenta y espinosa, son algunos puntos de interés del artículo, junto con la atención en el proceso de creación, la «espontánea perfección» porque «el proceso de perfeccionar, de eliminar bastedades, de limar asperezas se opera dentro y antecede al de la elaboración o se verifica conjuntamente con él».

Los temas de la obra hernandiana son, para Délano, el amor, la muerte, la ausencia, la sed, el paisaje, la pasión, el sexo...

Raúl González Tuñón publicará el interesante artículo «Recuerdo de Miguel Hernández» el 4 de agosto de 1939 en el número 13 de la revista *Aurora de Chile*. En el trabajo evoca cómo se inició su amistad con el poeta oriolano recién fallecido, porque se corrió la noticia, afortunadamente falsa, del fusilamiento del poeta oriolano en Madrid en julio de ese año, como hemos adelantado. Unos días antes, el 25 de julio, será el ya mencionado Luis Enrique Délano, también amigo de Hernández, quien le recuerde en «Miguel Hernández, el poeta hispano», publicado en *Hoy*. Cuando la noticia de la muerte real del alicantino llegue a Chile, será otro amigo, el poeta sevillano Antonio Aparicio, quien escriba un entrañable texto en *Hoy*: «Ante la tumba de Miguel Hernández», el 19 de noviembre de 1942.

Al término de la Guerra Civil se publicó en la embajada de Chile en Madrid una revista clandestina realizada por republicanos refugiados en la misma. Llevaba por título *Luna*, y en el número 7, correspondiente a finales de noviembre de 1939, un suelto anónimo, «Cuaderno de poesía, homenaje antológico»[70], dado a conocer por Jesucristo Riquelme[71]. Si bien no tuvo eco tal publicación más allá de la embajada, creemos que resulta interesante ofrecer un breve comentario. En el mencionado suelto anónimo, se califica de esta manera a Miguel Hernández: «en los últimos años la voz más pura y natural, auténtico poeta del pueblo encallado en el trabajo». Se alaba el espíritu rebelde y su aliento personal, «que lo hace ocupar el primer puesto de la nueva generación española». Sobre la poesía hernandiana, el comentarista afina: «la poesía ahonda por las vías del corazón persiguiendo la raíz misma de los sentimientos, el fundamento de la sangre».

En el número 10 de la misma revista clandestina (del 28/ 29 de enero de 1940), aparece otro trabajo con el elocuente título: «Miguel Hernández condenado a muerte». En éste, se confirman las gestiones que emprendieron tanto los afectos al nuevo régimen como los perdedores republicanos: «no han dudado en unirse en común gestión para salvar la vida del poeta».

Pablo Neruda escribirá un texto que será muy difundido, por el componente legendario del mismo. Se trata de «Amistades y enemistades literarias», publicado en el Semanario *Qué Hubo*, de Santiago de Chile[72]. Entre las afirmaciones de Neruda, destaca la que sigue: «Así como es el más grande de los nuevos constructores de la nueva poesía política, es el más grande poeta nuevo del catolicismo español [...] Una señora chilena habló a Mamblas, el vizconde, jefe de Relaciones Culturales del Ministerio de Relaciones...», refiriéndose a la célebre y poco probable petición por parte de Miguel Hernández al vizconde de ofrecerle cuidar un rebaño en vez de un trabajo más intelectual.

El escritor premiado con el Nobel seguirá recordando a su amigo, como en 1954 con «El pastor perdido (III)», incluido en *Las uvas y el viento*[73], en el que insulta, a todas luces injustamente, a José María de Cossío: «mientras los carceleros / cenaban con Cossío».

Además arremete contra los que ahora levantan libros de Miguel Hernández pero rebajando su mensaje político:

Ahora
quieren hincarse
como frailes tardíos
en tu recuerdo,
quieren regar con baba
tu rostro, guerrillero comunista.

Un año después, en 1955, Neruda escribe «Viaje al corazón de Quevedo»[74]. Son recuerdos paternalistas, no exentos de benevolencia y auto–orgullo por descubrirle como poeta y ofrecerle posibilidades de seguir viviendo en Madrid.

El tópico del pastor transterrado a la capital, también aparece en estas hojas. Para Neruda, Hernández «era el corazón heredero de estos dos ríos de hierro: la tradición y la revolución», algo que no deja de ser cierto.

Miguel Hernández se negó a asilarse en la Embajada chilena al término de la guerra, aunque aquélla «no quiso recibirlo», según Neruda. Las gestiones para conseguir la libertad del poeta oriolano a través del cardenal Baudrillart (lecturas del auto sacramental hernandiano), parece que consiguieron su propósito, al menos según Neruda.

Por su parte, Ángel Custodio González publicará dos interesantes artículos en 1952 y 1953: «El poeta vulnerado»[75].

Pero, sin duda, la más importante aportación crítica chilena es el libro de Luis González Muñoz, *La poesía de Miguel Hernández*, editado por la Universidad de Concepción en 1959. El propio autor, antes de fallecer, escribió un artículo con el título de «Noticias de Miguel Hernández en Chile»[76] en el que narra su propia visión de Miguel Hernández de años atrás:

> Mi lectura de la poesía de Miguel Hernández, la de esos ya lejanos años, discriminando los estudios que pude conocer, se orientó, aparte de una breve noticia biográfica, a situar al poeta entre sus contemporáneos, a situarlo en la tradición lírica española, y a fijar su temática en tanto visión y concreción del mundo, imantada por un fuerte sentimiento telúrico.

El opúsculo, casi desconocido para la crítica hernandiana, abunda en datos y opiniones de cierto calibre. En la «Nota preliminar» (pp. 9–10), el autor plasma el objetivo de su trabajo: «encontrar el sentido espiritual» de su poesía, centrado en algunos temas. Según el estudioso chileno, las entrevistas con personas que conocieron al poeta fueron más enriquecedoras para su investigación que los trabajos críticos.

La «Semblanza» recorre su biografía[77]. Algún error se desliza: José María (sic) Gutiérrez (p.13) o la edad del fallecimiento de éste, «veintiuno» (p.14).

Se afirma que conoció a Josefina en 1931 y que «en ese lanzarse siempre siempre solo, viene a ser un suicida» (p. 16), afirmación algo exagerada.

Ingresa en el Partido Comunista (p. 17) y, según «parece» (p. 18), fue Comisario Político y luego de Guerra. Incluye el prólogo a *Teatro en la guerra* (NI, p. 18), que fue causa determinante de su condena.

Las gestiones de Cossío, Alfaro y Sánchez Mazas ante el ministro del Ejército (Varela) lograron la conmutación de la pena de muerte (p. 20). Desmiente también la versión propagada por Neruda del denegado asilo por parte de Morla Lynch (pp. 20–21).

Luego sigue una «Descripción de las obras». Resulta interesante el dato de que ya en 1959 se sabía que Cossío tenía copia del original de *El hombre acecha* (p. 25). Des-

pués, el capítulo «Miguel Hernández y sus contemporáneos». Muñoz no cree que el poeta de Orihuela perteneciera a generación literaria alguna, además «fue un poeta desigual y contradictorio, pero un poeta que sentía la vida con sentimiento agónico profundo. No podemos pedirle una obra fundamental, porque su vida era de intensidad y no de reposo que propicie la meditación de los hechos» (p. 33). Evidentemente, el crítico chileno desconocía *Cancionero y romancero de ausencias*.

«La tradición lírica de su poesía» recoge las influencias de Góngora, Calderón, etc.: tradición y realismo caracterizan su producción.

El siguiente capítulo, «La temática de la poesía de Miguel Hernández», rastrea algunos temas: la tierra (el retorno al regazo materno es una transformación; glosa la «Elegía» a Sijé), el amor (el tema también de la sangre y el símbolo del vientre; establece algunas diferencias entre Aleixandre, Neruda y Miguel Hernández); y el dolor y muerte (Miguel Hernández basa su concepto de muerte en la filosofía y en el símbolo del toro).

El capítulo sobre su «Teatro» son apuntes tomados del libro de Guerrero Zamora (1955). Analiza *El labrador de más aire*.

La «Conclusión» es el resumen de lo ya expuesto. Reproduce tres poemas y la alocución leída en abril de 1936 en Orihuela en homenaje a Sijé, localizada en casa de los herederos de Sijé.

Los poemas los recogió en casa de Antonio García-Molina y son: «Partir es un asunto dolorido», «Sepultura de la imaginación» y la letra de cante flamenco «Que yo no sé qué me pasa».

Por su parte, la obra hernandiana fue difundida a través de la antología seleccionada por Roque Esteban Scarpa: *Voz celestial de España– Poesía religiosa*, de 1944[78], en la que incluye fragmentos del auto sacramental; y de *Los mejores sonetos de la lengua española*, también de ese mismo año 1944[79].

Armando Solari Serra editó a su costa *Cantata a la muerte de Miguel Hernández*, un bello volumen publicado en Valparaíso por la Imprenta Victoria en 1950. El volumen contiene un «Retrato de Miguel Hernández», por Juvencio Valle (pp. 7–10), y un «Epílogo» de Eduardo Blanco–Amor (pp. 57-61).

Juvencio Valle ofrece una evocación de Miguel Hernández, grandilocuente, describiéndole físicamente y realiza críticas al régimen franquista. No habla nada de su poesía. Blanco–Amor se detiene en comentar la poesía de Solari.

El primer trabajo, publicado en Colombia, del que tenemos constancia, corresponde a un artículo de Clemente Airó, titulado «Recuerdo de Miguel Hernández», publicado en la revista *Espiral*, de Bogotá, en agosto de 1949[80]. El texto resumía la conferencia ofrecida en el Ateneo Español Republicano el 22 de julio de ese mismo año de 1949.

Clemente Airó conoció al poeta de Orihuela en 1937, en una casa que servía como centro de intelectuales combatientes. Dice que su obra quedó «truncada, machacada cuando floreaba ansiosa». Se desliza algún que otro error, como cuando se afirma que «en 1932 un periódico local le publica las primeras poesías», o cuando se dice que su origen social es «campesino».

Airó ve en la poesía de Miguel Hernández «un encuentro del hombre con raíces ancladas en el paisaje», y destaca también el «melancólico estoicismo de Fray Luis».

La última esperanza del alicantino la tenía puesta en su hijo, concluye Airó, en este

artículo tan interesante, sobre todo por la fecha de publicación y por las claves interpretativas que ofrece de Miguel Hernández.

Unos años después, en 1954, la revista de la Universidad de Antioquía, en Medellín, recogió en su número XXX[81], una *Antología*, a cargo de Braulio Sánchez Sáez, en la revista *Universidad de Antioquía*.

En la misma revista de la Universidad de Antioquía, en el número 138, correspondiente a julio–agosto y septiembre de 1959, Javier López Franco publica «Miguel Hernández. Un canto al porvenir»[82].

Incluye íntegro «Sino sangriento». Recorre la vida de Hernández, calificada como auténtica, tanto en sus momentos de gloria como en los de derrota. Pomposamente afirma que «era un elegido para morir en aras de la libertad». López Franco realiza frecuentes comentarios subjetivos que intentan penetrar en la psicología de Hernández. Califica de «tenebroso» a su padre.

Para el autor del trabajo, la tradición corre paralela a la ideología comunista: «Rusia fue para Miguel el toque definitivo, el pleno despertar de su sensibilidad». Así, depuró su voz «hasta alcanzar el honor de ser el primer poeta de la guerra».

La gestión de Neruda desde París para conseguir la libertad del oriolano surtió el efecto esperado, pero se le negó el asilo en la Embajada de Chile. Claro, «una mano fatal lo empujaba y ya no era posible retroceder».

En República Dominicana, Puerto Rico, Estados Unidos, Venezuela, Honduras o Guatemala también se organizaron actos y, sobre todo, se publicaron en esos países libros, monografías y artículos, casi todos ellos panegíricos hasta la década de los años sesenta, cuando se inicia, como hemos adelantado, una etapa de análisis de la obra hernandiana con el apoyo de ediciones más o menos fiables, especialmente las obras completas de 1960.

Cuba, Argentina, México y Chile se convierten de este modo en arquetipo de la presencia de Miguel Hernández, sustentada en los exiliados españoles que residían forzosamente allí, en la corriente de simpatía por lo que el poeta representaba, y por las circunstancias históricas de esos propios países, que se debatían entre mantener una relación con el vecino del norte basada en el *statu quo* de hegemonía política y económica de la zona o en la irrupción de procesos revolucionarios, como en el caso paradigmático de Cuba.

Pero, por encima de circunstancias políticas, la verdad y coherencia del mensaje hernandiano (sin olvidar su alta calidad estética y literaria), incluso, ha conseguido que en el presente año 2010 sean, precisamente, esos cuatro países (Cuba, Argentina, México y Chile) los que más actos han organizado para celebrar la efemérides del centenario. Ejemplo y lección para todos, senda que viene de lejos, desde la sangre nunca olvidada, a iluminarnos y a recordarla siempre. Y es que sigue teniendo vigencia las entrañables palabras que dejó escritas Vicente Aleixandre en la tumba de su amigo a primeros de mayo de 1952: «Tú, el puro y verdadero, tú, el más real de todos, tú, el no desaparecido».

NOTAS

1.– *Sino sangriento y otros poemas*, La Habana, col. El ciervo herido, 1939, s.p.

2.– G. Álvarez Gallegos, «En el homenaje a Miguel Hernández», *Hoy*, La Habana (19–VIII–1939); y en *La Voz*, Nueva York (31–VIII–1939). También existe un suelto anónimo: «Revestirá solemne carácter el acto de hoy

a Miguel Hernández», en *España Republicana*, de ese mismo sábado 19 de agosto de 1939. Alejo Carpentier se adelantó con «La muerte de Miguel Hernández», *Carteles*, La Habana (6–VIII–1939), p. 36.

3.– Publicada en el libro de Gonzalo Santonja, *Un poeta español en Cuba: Manuel Altolaguirre. Sueños y realidades del primer impresor del exilio*, prólogo de Rafael Alberti, Barcelona, Círculo de Lectores, 1994, p. [198].

4.– «Su vida completa, desde su niñez campesina de Orihuela hasta el fallecimiento, desprende como el mar o como el río nubes para las lluvias del hombre, sudario para ocultar su muerte. Ningún poeta como él tan rodeado de exaltación, fomentada desde su prodigiosa niñez, allá en el pueblo, por el entusiasmo de su viejo amigo, un canónigo, el que le diera sus primeras lecturas (Calderón, Cervantes, Lope), el que recibiera sus primeros versos», pp. 13–14.

5.– *Homenaje a Miguel Hernández*, Palacio Municipal de La Habana, 20 de enero de 1943, p. [6].

6.– 20 de agosto y 4 de septiembre de 1943.

7.– Universidad Central de Las Villas, Editora del Consejo Nacional de Universidades, 1964, pp. 25–31.

8.– La Habana, Arte y Literatura, 1976, pp. 397–403.

9.– «Milicia y permanencia de Miguel Hernández», *op. cit.*, pp. 9–14.

10.–«Muerte y vida de Miguel Hernández», *op. cit.*, pp. 15–24.

11.–*Op. cit.*, p. 41.

12.–Buenos Aires, Talleres de A. y J. Ferreiro, 1942.

13.–«Miguel de tierra y de raíz», pp. 13–15.

14.–«Epílogo biográfico», pp. 117–118.

15.–«El franquismo mató a Miguel Hernández», *Orientación*, Buenos Aires (12–XI–1942).

16.–«Miguel Hernández: el poeta, el pastor y el soldado», *Orientación*, Buenos Aires (17–XII–1942).

17.–«Muerte de un poeta», *Correo de Asturias*, Buenos Aires (27–III–1943).

18.–11, pp. 1–2.

19.–El éxito de la propuesta fue tal que hasta 1982 se tiraron las siguientes: 1.ª ed.: 27–IX–1949; 2.ª ed.: 30–XII–1949; 3.ª ed.: 9–II–1959; 4.ª ed.: 14–VII–1966; 5.ª ed.: 12–XII–1969; 6.ª ed.: 18–XI–1971; 7.ª ed.: 18–II–1975; 8.ª ed.: 29–IX–1977; 9.ª ed.: 20–III–1978; y 10.ª ed.: 20–II–1982.

20.–Pp. 9–11.

21.–Buenos Aires, Ediciones de la Revista *Caballo de Fuego*, 1952, pp. 103, 110–111 y 302–303.

22.–*La Nación*, Buenos Aires (6–III–1952).

23.–4.ª época, 124 (octubre–diciembre 1952), pp. 571–595.

24.–Buenos Aires, Periplo, 1953, pp. 218-220.

25.–Buenos Aires, Editorial Lautaro, 1956.

26.–«Miguel Hernández, poeta de la España libre», pp. 7–28.

27.–*Gaceta Literaria*, Buenos Aires, 9 (septiembre 1956).

28.–Pp. 46–48.

29.–Buenos Aires, Lautaro, 1958.

30.–Pp. 7–16.

31.–Pp. 7–98.

32.–Buenos Aires, Nuestra América, 1958.

33.–Tal será su éxito que en 1962 se publica en La Habana una edición, y otra, en ese mismo año, en Moscú.

34.–Buenos Aires, Quetzal, 1959.

35.–Pp. 7–10.

36.–*La Gaceta* (5–IV–1959), p. 2.

37.–*Ficción*, Buenos Aires, 19 (1959), pp. 99–105.

38.–La invitación al acto puede consultarse en *Una voz de España en México: Miguel Hernández*, compilación,

introducción y notas de Alberto Enríquez Perea, ed. y prólogo de Aitor L. Larrabide, Orihuela, Fundación Cultural Miguel Hernández, 2007, p. 184.

39.–«Otra víctima del franquismo. El gran poeta español Miguel Hernández», año III, 106 (viernes, 30–X–1942), p. 4.

40.–«Homenaje a Miguel Hernández», año III, 114 (viernes, 25–XII–1942), p. 3.

41.–«Miguel Hernández», *El Nacional*, México (27–X–1942), p. 3; del mismo, el poema «Al morir el poeta Miguel Hernández (1942). Dos tiempos de llanto», en su *Libro de los Homenajes*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Dirección General de Publicaciones, 1961, pp. 8–10, y en su antología *La mirada del hombre. Nueva Suma poética (1943–1976)*, estudio preliminar de Aurora de Albornoz, Barcelona, Anthropos, 1988, pp. 303–305. También el artículo «Miguel Hernández», *El Nacional*, México (14–XII–1942).

42.–*Cuadernos Americanos*, 6 (noviembre–diciembre 1942), p. 178.

43.–Pp.179–180, que también apareció en la página 3 de *El Nacional* mexicano del 29 de noviembre, y después en varios lugares más, como en el interesante y citado *Panorama de la poesía moderna española*, de Enrique Azcoaga, pp. 214–215.

44.–*Letras de México*, 23, III (15–XI–1942), p. 3, y en su libro *Primeras letras*, Barcelona, Seix Barral, 1988, pp. 211–212.

45.–*Letras de México*, de la misma fecha que el anterior de Paz, pp. 4 y 8. Martínez critica los escritos hernandianos publicados durante la guerra, «ecos de las entonces más nuevas direcciones que él experimenta valientemente, aunque quizá sólo lo alejen de su verdadero lenguaje». Más adelante, sobre «Viento del pueblo», afirma que, en general, «no existen más que las intenciones circunstanciales deformadas con un lenguaje nerudiano de reciente y no segura adquisición».

46.–*El Nacional*, México (29–XI–1942), p. 2.

47.–*De Mar a Mar*, Buenos Aires, 1 (diciembre 1942), p. 7.

48.–Pp. 13–18, recogido en su libro *Pleamar (1942–1944)*, Buenos Aires, Losada, 1944, pp. 60–87, y en diversos lugares.

49.–«Elegía en la muerte de Miguel Hernández», en su libro *Himno de la pólvora*, Buenos Aires, 1943; e incluido en *Antología poética*, Buenos Aires, Losada, 1980, pp. 146–148.

50.–«Duelo en tres cantos por la muerte de Miguel Hernández», *La Nación*, Buenos Aires (14–X–1945), y en *Poetas libres de la España peregrina en América*, de Horacio Becco y Osvaldo Svanascini, Buenos Aires, Ed. Ollantay, 1947, pp. 193–197.

51.–«Miguel Hernández», en su libro *Signo del tres*, Buenos Aires, Ed. Americalee, 1948.

52.–«Miguel Hernández», en su poema «Cuatro poetas», *Et Caetera*, Jalisco (México), 2, 1950, pp. 100–102.

53.–«A Miguel Hernández», *Estaciones* (México), 15, 1959; y en varios lugares más, como en *Homenaje a Miguel Hernández*, María de Gracia Ifach y Manuel García (eds.), Barcelona, Plaza & Janés, 1975, pp. 78–79.

54.–«Elegía a un pastor», *Nosotros*, Buenos Aires, 82 (enero 1943), pp. 26–28.

55.–«Imagen primera y definitiva de Miguel Hernández», en su libro *Imagen primera y definitiva de...*, Buenos Aires, Losada, 1945, pp. 91–93 (otra edición en Madrid, Turner, 1975, pp. 89–93); recogido en varios lugares: «Image première et dèfinitive», *Promesse*, Burdeos, 5 (printemps 1962), pp. 74–76 (traducido por C. Couffon); «First impression of Miguel Hernández», traducido por Hardie St. Martin, en *Miguel Hernández and Blas de Otero. Selected Poems*, Timothy Baland y Hardie St. Martin (eds.), trad. por estos, además de por Robert Bly y James Wright, Boston, Beacon Press, 1972, pp. 75–77; *Miguel Hernández*, Mª. de Gracia Ifach (ed.), Madrid, Taurus, 1975 (reimpreso en 1989), pp. 18–19; *Galeradas*, Madrid, 2 (junio 1976), pp. 4–5; *Litoral*, Torremolinos, 73–75 (invierno 1978), pp. 210–212, etc.

56.–AHP, sig. 62–06.01, s.l. [¿*El Popular*?, México, DF], s.f. [lunes, 9–XI–1942].

57.–Año I, vol. VI, 6 (noviembre–diciembre 1942), pp. [7]–33. Para quien desee ampliar información sobre la figura del vasco Juan Larrea en la creación de *Cuadernos Americanos*, es recomendable el trabajo de Juan Manuel Díaz de Guereñu «Del llanto a la quimera: Juan Larrea en la fundación de *Cuadernos Americanos*», en *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las primeras jornadas celebradas en la Residencia de Estudiantes en noviembre de 1994*, Madrid, Residencia de Estudiantes, 1998, pp. 115–133. También María de Lourdes Franco Bagnouls ha revisado los presupuestos de Larrea en lo tocante a América en *Letras de México. Gaceta literaria y artística (1937–1947). Estudio e índice*, México, Universidad

Nacional Autónoma de México, 1981, p. 55.

58.–Año 7, vol. IV, 1 (enero 1943), p. 9.

59.–Buena prueba de ello es *Tres poetas. Antología poética,* selección de Domingo Arteaga P., México, Libro–Mex., S. de R. L., 1977.

60.–México, Clavileño, 1946, pp. 131–141. Existe edición facsímil con prólogo de Domingo Ródenas de Moya e ilustraciones de Climent, Sevilla, Renacimiento, 2008.

61.–«Evocación de Miguel Hernández», *El Nacional*, México (4–I–1940); recogido en su libro *Viaje y aventura de los escritores de España*, México, Ed. Minerva, 1942, pp.111–115.

62.–«El poeta Miguel Hernández, víctima de Franco», *Boletín de Información de la Embajada de la URSS* (México), año III, 16 (115) (27–IV–1946), pp. 17–18. Fedor Kelin destaca el compromiso de Miguel Hernández con su pueblo.

63.–«Homenaje a Miguel Hernández», *El Nacional*, México (30–IV–1950).

64.–«Una memoria para un poeta», *Revista Mexicana de Cultura*, suplemento de *El Nacional*, México, 165 (21–V–1950). Con el seudónimo de Luis Carmona publicará también «Sobre Miguel Hernández», *Cuadernos Americanos* (México), año XI, vol. LXV, 5 (septiembre–octubre 1952), pp. [265]–271.

65.–«Miguel Hernández: poesía desgajada en las cárceles de España», *Divulgación Histórica*, México, (21–VI–1953).

66.–«Poesía española contemporánea», *Cuadernos Americanos*, vol. LXXIII, 1 (enero– febrero 1954), pp. 239–254 (las páginas dedicadas a Miguel Hernández son 240–243). Aub defiende que las «Nanas» o «Eterna sombra» «dan a la figura de Hernández una profundidad de la que carecía, y lo plantan en medio de España».

67.–«La poesía de Miguel Hernández (I). (Notas para un ensayo)», *Ideas de México*, II época, año V, vol. II, 9–10 (enero–abril 1955), pp. 60–71. Buxó reivindica *Perito en lunas*, poemario minusvalorado, en general, por la crítica.

68.–México, Gráfica Panamericana, 1950, pp.157–161 y 177. Existe edición facsímil: Granada, Ed. Don Quijote, 1982.

69.–5, 1937, pp. 3–7.

70.–Pp. 33–40.

71.–«*Luna*, la primera revista cultural del exilio franquista (1939–1940)», *La Lucerna*, Orihuela, 20 (noviembre 1993), pp. 33–35.

72.–44, del 20 de abril de 1940, recogido en sus *Obras completas*, Buenos Aires, Losada, 1973, 4ª ed., III (aparece como «Poesía y prosa no incluidas en libro»), pp. 647–648.

73.–Santiago, Nascimiento, 1954 (27 de febrero); y en *Obras completas*, Buenos Aires, Losada, 1973 (4ª ed.), I, pp. 780–786.

74.–En su libro *Viajes*, Santiago de Chile, Nascimento, 1955, pp. 9–40 (las páginas dedicadas a MH son las 25–30). También hay referencias en el trabajo «El esplendor de la sierra», recogido en dicho libro de 1955, 190–4; *Obras completas*, Buenos Aires, Losada, 1973 (4ª ed. aum.), II, pp. 539–555 (MH, pp. 548–551); y *Litoral*, 73–75 (invierno, 1978), pp. 213–220 (fragmentario).

75.–*Estanquerro*, Santiago de Chile (27–XII–1952) y (17–I–1953).

76.–*Cuadernos Hispanoamericanos*, 510 (diciembre 1992), p. 22. A continuación, citaremos señalando en el texto entre paréntesis el número de página.

77.–A los once años su padre lo envía a la Escuela de los Colegios Graduados de Santo Domingo, y su estancia allí duró dos años, según Muñoz, p. 12.

78.–Santiago de Chile, Zig–Zag, 1944, pp. 814–820.

79.–Selección de Rodrigo Castiella, Santiago de Chile, Zig–Zag, 1944, pp. 153–154.

80.–25, pp. 5 y 19.

81.–Pp. 97–102, 440 y 464–465.

82.–Vol. XXXV, pp. 219–233 (a partir de la 223 se refiere a Miguel Hernández).